

años de provincias á París. Pero no crea usted que somos los más desgraciados. ¿Ve usted ese teatro?—le dijo señalándole el Odeón.—Un día fué á vivir á una de las casas que están en la plaza un hombre de talento que había rodado por los abismos de la miseria; que estaba casado, desgracia esta que no nos aflige aún á nosotros; que tenía dos hijos, que estaba plagado de deudas; pero que confiaba en su pluma. De pronto, presenta en el Odeón una comedia en cinco actos: se la aceptan, le conceden turno de favor, los comediantes la ensayan y el director activa el estreno. Estas cinco suertes constituyen cinco dramas que son mucho más difíciles que los cinco actos de una obra. El pobre autor, que se albergaba en aquella buhardilla que ve usted allí, agota sus últimos recursos para vivir mientras ensayan la obra, su mujer empeña sus ropas y la familia no come más que pan. El día del último ensayo, la víspera de la representación, el matrimonio debía cincuenta francos al panadero, á la portera y al lechero, y el poeta sólo conservaba lo estrictamente necesario, ó sea una camisa, una levita, un pantalón, un chaleco y unas botas. Seguro del éxito, fué á abrazar á su mujer, y le anunció el término de sus infortunios, diciéndole: «¡Al fin nada hay ya contra nosotros!—¡Hay el fuego!—dijo la mujer.—¡Mira, el Odeón está ardiendo!» Y efectivamente, amigo mío, el Odeón ardía. Conque no se queje usted, que tiene ropa, carece de mujer y de hijos, tiene ciento veinte francos en el bolsillo y no debe nada á nadie. La pieza obtuvo cincuenta representaciones en el teatro Louvois, y el rey pensionó al autor. Buffón lo ha dicho: «El genio es la paciencia», y la paciencia es lo que en el hombre se parece más al procedimiento que la naturaleza emplea en sus creaciones. ¿Qué es el arte, señor mío? Es la naturaleza concentrada.

Los dos jóvenes llegaban en este momento al Luxemburgo, y Luciano supo el nombre de aquel muchacho que se esforzaba por consolarle y que se hizo luego célebre. Aquel joven era Daniel de Artez, que es hoy uno de los escritores más ilustres de nuestra época, y una de esas raras personas que, como ha dicho un poeta, unen á un gran talento un buen carácter.

—No es posible ser gran hombre á poca costa—le dijo Daniel con su cariñosa voz.—El genio riega sus obras con sus lágrimas, y el talento es una criatura moral que tiene,

como todos los seres, una infancia sujeta á enfermedades. La sociedad rechaza á los talentos incompletos, del mismo modo que la naturaleza arrebató á las criaturas débiles ó mal conformadas. El que quiere elevarse sobre los hombres tiene que prepararse para la lucha y no vacilar ante ninguna dificultad. Un gran escritor es un mártir que no ha de morir. Usted lleva en la frente el sello del genio—dijo Artez á Luciano abrazándole con una mirada,—y si no tiene usted voluntad firme, si no posee una paciencia angelical, y si no toma el camino de su infinito, como toman las tortugas el de su querido Océano desde cualquier punto en que se encuentren, renuncie usted desde hoy.

—¿De modo que usted espera sufrir suplicios?—le dijo Luciano.

—Sí, pruebas de todo género: la calumnia, la traición, la injusticia de mis rivales, las desvergüenzas, las arterías, la aspereza del comercio—respondió el joven con voz resignada.—Si su obra es buena, ¿qué importa una primera pérdida?

—¿Quiere usted leerla y juzgarla?—le preguntó Luciano.

—No tengo inconveniente—dijo Artez.—Vivo en la calle de los Cuatro Vientos, en una casa donde sufrí su primer martirio luchando con las dificultades de la vida y con la gloria uno de los hombres más ilustres, uno de los genios más hermosos de nuestra época, un fenómeno en la ciencia, Desplein, el eminente y conocido cirujano. Este recuerdo me da todas las noches la dosis de valor que necesito todas las mañanas. Ocupo el cuarto donde él ha comido muchas veces, como Rousseau, pan y cerezas, aunque sin Teresa. Venga usted dentro de una hora, que ya estaré yo allí.

Los dos poetas se separaron, estrechándose la mano con indecible efusión de melancólica ternura. Luciano fué á buscar su manuscrito, y Daniel de Artez fué á empeñar su reloj para poder comprar dos haces de leña, á fin de que su nuevo amigo encontrase fuego en su casa, pues hacía frío. Luciano fué puntual, y vió primero una casa menos decente que su posada y que tenía un sombrío pasillo, al extremo del cual se veía apenas una obscura escalera. El cuarto de Daniel de Artez, situado en el quinto piso, tenía dos malas ventanas entre las cuales había una biblioteca de madera ennegrecida por el uso, llena de cartones rotulados. Una mala cama de madera pintada semejante á las camitas de

colegio, una mesilla de noche, comprada de lance, y dos sofás ocupaban el fondo de aquella pieza tendida con un papel escocés barnizado por el humo y por el tiempo. Una gran mesa cargada de papeles estaba colocada entre la chimenea y las dos ventanas, y enfrente de la chimenea había una mala cómoda de caoba. Una alfombra de lance cubría por completo el pavimento. Delante de la mesa, un mal sofá y seis malas sillas completaban el mobiliario. Luciano vió sobre la chimenea una lámpara antigua provista de cuatro bujías, y, al preguntar la razón de las bujías, Artez le respondió que le era imposible soportar el olor de la vela de sebo. Esta circunstancia indicaba una gran delicadeza de sentidos y una exquisita sensibilidad. La lectura duró siete horas. Daniel escuchó religiosamente, sin decir palabra ni hacer ninguna observación, circunstancia esta que resulta ser una de las pruebas más raras de buen gusto que pueden dar los auditores.

—¿Qué le parece á usted?—preguntó Luciano á Daniel colocando el manuscrito sobre la chimenea.

—Que está usted en buen camino—le respondió gravemente el joven;—pero tiene que modificar su obra. Si no quiere usted ser un imitador de Walter Scott, tiene usted que crearse un sistema diferente. Usted empieza, como él, con largos diálogos para sacar á escena sus personajes, y una vez que éstos han hablado, entra usted en la descripción y en la acción. Este antagonismo necesario á toda obra dramática debe invertirse. Reemplace usted esos difusos diálogos, magníficos en Scott, pero incoloros en usted, por esas bellas descripciones á que tanto se presta nuestro idioma. Que el diálogo sea en sus obras una consecuencia esperada que corone sus preparativos. Entre usted primero en la acción, tome usted el asunto tan pronto por el principio como por el fin, y varíe usted sus planes para no ser siempre el mismo. Adaptando á la historia de Francia la forma del drama dialogado del escocés, será usted completamente nuevo. Walter Scott carece de pasión, y él mismo lo ignora, ó tal vez le estaba prohibida por las costumbres hipócritas de su país. Para él, la mujer es el deber encarnado. Salvo raras excepciones, todas sus heroínas son enteramente lo mismo; y, como dicen los pintores, no ha tenido para ellas más que una sola calca: todas proceden de Clarisse Harlowe, lo cual no tiene nada de particular, porque,

sujetándolas todas á una misma idea, no podía sacar más que ejemplares de un mismo tipo, variados con coloridos más ó menos vivos. La mujer produce el desorden en la sociedad con la pasión; la pasión tiene accidentes infinitos; describa usted, pues, las pasiones, y dispondrá usted de los inmensos recursos de que se ha privado aquel gran genio, á fin de ser leído por todas las familias de la gazmoña Inglaterra. En Francia encontrará usted las encantadoras faltas y las brillantes costumbres del catolicismo, y podrá parangonarlas con las sombrías figuras del calvinismo durante el período más apasionado de nuestra historia. Cada reinado auténtico, á partir de Carlomagno, exigirá, por lo menos, una obra, y á veces cuatro ó cinco, como ocurre con los reinados de Luis XIV, Enrique IV y Francisco I. De este modo hará usted una pintoresca historia de Francia y describirá usted las costumbres, los muebles, las cosas y la vida interior, dando idea del espíritu de la época, en lugar de narrar penosamente hechos conocidos. Destruyendo los errores populares que desfiguran á la mayor parte de nuestros reyes, tiene usted un medio de ser original. Atrévase usted en su primera obra á realzar la gran y magnífica figura de Catalina, á quien ha sacrificado usted á las preocupaciones que se ciernen aún sobre ella. Describa usted, además, á Carlos IX tal cual era, y no como lo han hecho los escritores protestantes, y al cabo de diez años de persistencia tendrá usted gloria y fortuna.

En este momento daban las nueve, y Luciano imitó la intención secreta de su amigo invitándole á comer á casa de Edón, donde gastó doce francos. Durante la comida, Daniel comunicó á Luciano el secreto de sus esperanzas y de sus estudios. Artez no admitía talento superior ni profundos conocimientos metafísicos; procedía en aquel momento á la investigación de todas las riquezas filosóficas de los tiempos antiguos y modernos para asimilárselas; quería ser, como Molière, un profundo filósofo antes de hacer comedias; estudiaba el mundo escrito y el mundo animado, ó sea el pensamiento y el hecho; tenía amistad con sabios naturalistas, jóvenes médicos, escritores políticos, artistas y gentes estudiosas, serias y de porvenir; vivía de artículos concienzudos para los diccionarios biográficos, enciclopédicos ó de ciencias naturales; no escribía más ni menos que lo necesario para vivir y para cultivar su pensamiento, y tenía una obra

de imaginación emprendida únicamente para estudiar los recursos de la lengua. Este libro, que estaba aún sin acabar, y que lo tomaba y lo dejaba á capricho, lo tenía Daniel para los días de gran angustia. Era una obra psicológica de gran trascendencia acerca de la forma de la novela. Aunque Artez se presentase muy modesto, á Luciano le pareció gigantesco. Al salir de la fonda, á las once, el poeta de Angulema sentía una gran simpatía por aquella virtud sin énfasis, por aquella naturaleza sublime sin saberlo. Luciano no discutió los consejos de Daniel, y los siguió al pie de la letra. Aquel hermoso talento, maduro ya mediante el influjo del pensamiento y de una crítica solitaria, inédita y hecha para él únicamente, le había abierto de pronto los palacios más magníficos de la fantasía. Los labios del provinciano habían sido tocados con un carbón ardiente, y la palabra del trabajador parisiense encontró en el cerebro del poeta de Angulema una tierra preparada. Luciano se puso á modificar su obra.

Feliz de haber encontrado en el desierto de París un corazón que abundaba en sentimientos generosos que armonizaban con los suyos, el gran hombre de provincias hizo lo que hacen todos los jóvenes sedientos de amistad: se pegó á Artez, fué á buscarle para ir juntos á la biblioteca, se pasó con él por el Luxemburgo cuando hacía buen tiempo, lo acompañó todas las noches hasta su casa, después de haber comido juntos en la fonda de Flicoteaux, y se unió á él como se unía el soldado á su compañero en las llanuras heladas de Rusia. Durante los primeros días de su amistad con Daniel, Luciano notó con pena que su presencia molestaba una vez que los íntimos estaban reunidos. Los discursos de aquellos seres superiores, de los cuales hablaba Artez con un entusiasmo concentrado, se mantenían en los límites de una reserva que no armonizaba con las pruebas visibles de su viva amistad. Luciano salía entonces secretamente, experimentando una especie de pena causada por el ostracismo de que era objeto y por la curiosidad que movían en él aquellos personajes desconocidos; y decimos desconocidos porque todos se llamaban por sus nombres de pila. Como Artez, todos llevaban en la frente el sello de un genio especial. Después de secretas oposiciones combatidas por Daniel, Luciano fué juzgado digno de entrar en aquel cenáculo de grandes ingenios, y entonces pudo reconocer á aquellas

personas que estaban unidas por vivas simpatías, y que se reunían casi todas las noches en casa de Artez. Todos presentían en éste al gran escritor, y le consideraban como su jefe desde que habían perdido á uno de los ingenios más extraordinarios de la época, á un talento místico, su primer jefe, el cual, por razones que no son del caso decir, se había vuelto á su tierra, y era llamado Luis por sus compañeros, que hablaban de él muchas veces delante de Luciano. Fácilmente se comprenderá el mucho interés y curiosidad que debieron inspirar estos personajes á un poeta, sobre todo tratándose de los que después conquistaron toda su gloria como Artez; pues sabido es que algunos sucumbieron.

Entre los que viven aún hállase Horacio Bianchón, interno entonces del hospital provincial y que llegó á ser luego una de las lumbreras de la escuela de medicina de París, siendo hoy demasiado conocido para que sea necesario ocuparse de su persona y explicar su carácter y la índole de su talento. Venía luego León Giraud, ese profundo filósofo, ese atrevido teórico que remueve todos los sistemas, los juzga, los expresa, los atrae á los pies de su ídolo: LA HUMANIDAD, y se muestra grande hasta en sus errores, que ennoblece con su fe. Este trabajador intrépido, este sabio concienzudo, ha pasado á ser jefe de una escuela moral y política cuyo mérito sólo podía ser juzgado por el tiempo. Si sus convicciones le han procurado un destino en regiones extrañas á aquellas en que sus compañeros se han lanzado, no ha dejado por eso de ser su fiel amigo. El arte estaba representado por José Bridau, que es uno de los mejores pintores de la nueva escuela. Sin las desgracias secretas á que le condena una naturaleza demasiado impresionable, José, acerca del cual no se ha dicho aún la última palabra, habría podido ser continuador de los grandes maestros de la escuela italiana, pues posee el dibujo de Roma y el color de Venecia; pero el amor le mata y no atraviesa sólo su corazón: el amor le lanza las flechas al cerebro, le estropea la vida y le obliga á hacer extravagantes ziszás. Según su efímera querida le haga demasiado feliz ó demasiado desgraciado, José enviará á la exposición, ó bien bocetos en que el color destruirá la línea, ó bien cuadros que ha querido acabar bajo el peso de imaginarias penas y cuyo dibujo le ha preocupado de tal modo, que carece de color, no obstante saber manejar éste á su gusto. Bridau engaña incesan-

temente al público y á sus amigos. Hoffman le hubiese adorado por sus atrevimientos en el campo de las artes, por sus caprichos y por su fantasía. Cuando es completo, causa admiración, la saborea, y entonces se asusta por no haber recibido elogios en las obras fallidas, donde los ojos de su alma ven lo que está ausente para las miradas del público. Fantástico en grado sumo, sus amigos le han visto destruir un cuadro acabado porque lo encontraba excesivamente pintado, al mismo tiempo que exclamaba:

—¡Está demasiado hecho! parece de un principiante.

Original y sublime á veces, posee todas las ventajas y todas las desventajas de las organizaciones nerviosas, y su gracejo es hermano del de Sterne, aunque sin el trabajo literario. Sus palabras y sus salidas tienen un sabor inaudito; es elocuente y sabe amar, pero con caprichos. Era muy querido del cenáculo, precisamente á causa de lo que el mundo hubiese llamado sus defectos. Formaba también parte de aquella reunión Fulgencio Ridal, uno de los autores de nuestra época que tienen más verbosidad cómica, un poeta indiferente á la gloria, que no lanza al teatro más que sus producciones más vulgares y que conserva en el serrallo de su cerebro, para él y para sus amigos, las escenas más bonitas, sin pedir nunca al mundo más que el dinero necesario para su independencia y despreciándolo todo una vez que ha obtenido ésta. Perezoso y fecundo como Rossini, y obligado como los grandes poetas cómicos, como Molière y Rabelais, á considerarlo todo por el anverso del pro y el reverso del contra, era escéptico y podía reirse y se reía de todo. Fulgencio Ridal es un gran filósofo práctico, y su ciencia del mundo, su genio de observación y su desprecio por la gloria no le han secado el corazón. Tan activo por los intereses ajenos como indiferente por los suyos, si hace algo es por un amigo. Para no mentir su cara verdaderamente rabelaisiana, gusta de la buena vida, mas no la busca, y es á la vez melancólico y alegre. Sus amigos le llaman el *perro del regimiento*, y este apodo le describe mejor que cuanto pudiera decirse. Otros tres tan superiores, por lo menos, como estos cuatro amigos descritos de perfil, debían sucumbir á intervalos. Primero Meyraux, que murió después de haber promovido la célebre disputa entre Cuvier y Godofredo Saint-Hilaire, gran cuestión que debía dividir al mundo científico en dos bandos, algunos meses antes de la muerte de aquel

que defendía una ciencia estrecha y analista contra el panteísta que vive aún y que es reverenciado en Alemania. Meyraux era amigo de aquel Luis que iba á ser en breve arrebatado al mundo intelectual por una muerte prematura. A estos dos hombres, segados ambos por la muerte é ignorados hoy, no obstante la inmensa trascendencia de su saber y de su genio, hay que unir á Miguel Chrestién, republicano profundo que soñaba con la federación de Europa y que influyó mucho en el gran movimiento moral que hicieron los sansimonianos el año 1830. Hombre político de la talla de Saint-Just y de Dantón, pero sencillo y cariñoso como una niña, lleno de ilusiones y de amor y dotado de una voz melodiosa que hubiera entusiasmado á Mozart, á Weber y á Rossini, y que le permitía cantar ciertas canciones de Beranger de una manera que embriagaba el corazón de poesía, de amor ó de esperanza, Miguel Chrestién, pobre como Luciano, como Daniel y como todos sus amigos, se ganaba la vida con una indiferencia diogénica, haciendo índices para grandes obras y prospectos para los libreros, pero mudo siempre acerca de sus doctrinas, como es muda una tumba acerca de los secretos de la muerte. Este alegre bohemio de la inteligencia, este gran hombre de Estado que tal vez habría cambiado la faz del mundo, murió en el claustro de San Merry como un sencillo soldado. La bala de algún negociante mató allí á una de las criaturas más nobles que pisaban el suelo francés. Miguel Chrestién pereció por doctrinas distintas de las suyas. Su federación amenazaba mucho más que la propaganda republicana á la aristocracia europea, y era más racional y menos loca que las espantosas ideas de libertad indefinida proclamada por jóvenes insensatos que se dicen herederos de la Convención. Aquel noble plebeyo fué llorado por todos los que le conocían, y no hay ninguno de ellos que no piense frecuentemente en aquel gran político ignorado.

Estas nueve personas componían un cenáculo donde el cariño y la amistad hacían reinar la paz y la concordia entre las ideas y las doctrinas más apuestas. Daniel de Artez, hidalgo picardo, defendía la monarquía con una convicción igual á la que empleaba Miguel Chrestién en la defensa de su liberalismo europeo. Fulgencio Ridal se burlaba de las doctrinas filosóficas de León Giraud, el cual predecía también á Artez el fin del cristianismo y de la familia. Miguel

Chrestién, que creía en la religión de Cristo, divino legislador de la igualdad, defendía la inmortalidad del alma contra el escalpelo de Bianchón, analista por excelencia. Todos discutían sin disputar, y no tenían vanidad, porque eran ellos mismos su auditorio. Por otra parte, se comunicaban sus trabajos y se consultaban con la adorable buena fe de la juventud. Si se trataba de un asunto serio, el opositor abandonaba su opinión para avenirse á las ideas de su amigo, el cual lo creía tanto más apto para ayudarle, cuanto que era imparcial en una causa ó en una obra que no le interesaba directamente. Casi todos tenían carácter amable y tolerante, dos cualidades que probaban su superioridad. La envidia, ese horrible tesoro de las esperanzas frustradas, de los talentos abortados y de las pretensiones heridas, les era desconocida. Todos marchaban, por lo demás, por sendas diferentes. Esta era la causa de que todos los que fueron admitidos en su sociedad, como Luciano, se considerasen muy felices. El joven de verdadero talento es siempre buen muchacho, cándido y franco, sus epigramas acarician el alma y no hieren nunca el amor propio. Una vez disipada la primera emoción que causa el respeto, se pasaban excelentes ratos al lado de aquellos distinguidos jóvenes. La familiaridad no destruía la conciencia que cada uno tenía de su propio valer, todos sentían profunda estimación por sus compañeros y todos aceptaban favores sin cumplidos, porque todos creían posible el hecho de trocar el papel de protector por el de protegido. Las conversaciones, llenas de encanto y nada pesadas, versaban sobre los objetos más variados. Ligeras como flechas, las palabras no eran menos profundas que rápidas. La gran miseria exterior y el esplendor de las riquezas intelectuales producían un singular contraste. Allí nadie pensaba en las realidades de la vida más que para sacar de ellas amistosas bromas. Un día en que el frío se dejó sentir prematuramente, cinco de los amigos de Artez se presentaron con leña debajo de la capa, como en aquellas comidas campestres en que debiendo cada invitado llevar su plato, todo el mundo da un pastel. Dotados todos de esa belleza moral que impera sobre la forma y que, al igual que los trabajos y las vigiliás, dora las caras jóvenes de un tinte divino, ofrecían esas facciones un poco atormentadas que son purificadas y regularizadas por la pureza de la vida y el fuego del pensamiento. Sus frentes eran anchas y espaciosas;

sus ojos vivos y brillantes denotaban una vida sin tacha. Cuando los sufrimientos de la miseria se dejaban sentir, eran soportados con tal alegría y conlevados con tal ardor por todos, que no alteraban la serenidad propia de las caras de los jóvenes que están aún exentos de faltas graves, que no se han empequeñecido con ninguna de las cobardes transacciones que arranca la miseria mal soportada, el deseo de medrar sin medios y la fácil complacencia con que los letrados acogen ó perdonan las traiciones. Lo que contribuye á aumentar el encanto de las amistades y á hacerlas indisolubles, es un sentimiento que no posee el amor: la certidumbre. Aquellos jóvenes estaban seguros unos de otros, el enemigo de uno pasaba á ser enemigo de todos, y hubiesen pasado sobre los intereses más apremiantes para obedecer á la santa solidaridad de sus corazones. Incapaces todos de una cobardía, podían oponer un *no* formidable á toda acusación y defenderse unos á otros con toda seguridad. Igualmente nobles por el corazón y dotados de fuerza igual en las cosas del sentimiento, podían pensarlo todo y decírselo todo en el terreno de la ciencia y de la inteligencia, y de aquí provenía la inocencia de su comercio y la alegría de su palabra. Seguros de comprenderse, su alma divagaba á su antojo, y por eso no gastaban cumplidos entre sí, se confiaban sus penas y sus goces, y pensaban y sufrían á placer. Las encantadoras delicadezas que contribuyen á que la fábula de *Los dos amigos* sea un tesoro para las almas grandes, eran habituales en ellos. Se concibe la severidad que empleaban para admitir en su esfera á un extraño: tenían demasiada conciencia de su grandeza y de su dicha para exponerse á turbarla dando entrada á elementos nuevos y desconocidos.

Esta federación de sentimientos y de intereses duró veinte años sin choques y sin disgustos, y aquella noble pléyade sólo pudo ser disminuída por la muerte, que les llevó á Luis Lambert, á Meyraux y á Miguel Chrestién. Cuando este último sucumbió, en 1832, Horacio Bianchón, Daniel de Artez, León Giraud, José Bridau y Fulgencio Ridal, fueron á recoger su cuerpo á Saint-Merry, no obstante el peligro de este paso, para tributarle los últimos honores, acompañando sus queridos restos durante la noche al cementerio del Père-Lachaise. Horacio Bianchón venció todas las dificultades que se presentaron, y no reculó ante ninguna, llegando hasta á confesar á los ministros su antigua amistad

con el federalista muerto. Fué aquella una escena conmovedora que quedó grabada en la memoria de los amigos, poco numerosos, que acompañaron á los cinco hombres célebres. Si os paseáis por aquel elegante cementerio, veréis un terreno comprado á perpetuidad, donde se distingue una tumba de césped señalada con una cruz negra de madera, en la que están grabadas estas dos palabras con letras rojas: MIGUEL CHRESTIÉN. No hay allí ningún otro monumento de esta clase. Los cinco amigos pensaron que era preciso rendir sencillo homenaje á aquel hombre sencillo.

En aquella fría buhardilla se realizaban, pues, los sueños más hermosos del sentimiento. Allí, hermanos igualmente expertos en diferentes regiones de la ciencia, dotados de inmensa instrucción y avezados á la miseria, se instruían mutuamente de buena fe y se lo decían todo, hasta sus malos pensamientos. Una vez admitido entre aquellos seres distinguidos y considerado como igual á ellos, Luciano representó á la poesía y á la belleza, y leyó sonetos que fueron admirados. Le pedían un soneto del mismo modo que él rogaba á Miguel Chrestién que le cantase una canción. En el desierto de París, Luciano encontró, pues, un oasis en la calle de los Cuatro Vientos.

Al principio del mes de Octubre, Luciano, después de haber empleado el resto de su dinero en procurarse un poco de leña, quedó sin recursos en medio del más ardiente trabajo, ó sea la modificación de su obra. Daniel de Artez, por su parte, quemaba turba, soportaba heroicamente la miseria, no se quejaba nunca, era arreglado como una solterona, y era tan metódico, que parecía un avaro. Este valor sostenía el de Luciano, el cual, como recién llegado al cenáculo, sentía una indecible repugnancia á hablar de sus apuros. Una mañana se fué hasta la calle del Gallo para vender *El arquero de Carlos IX* á Doguereau, sin lograr encontrar al librero. Luciano ignoraba lo muy indulgentes que son las almas grandes. Todos sus amigos concebían las debilidades propias de los poetas, y los abatimientos que siguen á los esfuerzos del alma sobreexcitada por las contemplaciones de la naturaleza, que tienen la misión de reproducir. Aquellos hombres, tan fuertes contra sus propios males, eran débiles para los dolores de Luciano, cuya falta de dinero habían comprendido. El cenáculo coronó, pues, las gratas veladas de charla, de profundas meditaciones, de poesías, de confi-

dencias, de incursiones al campo de la inteligencia, al porvenir de las naciones y á los dominios de la historia, con un rasgo que prueba cuán poco había comprendido Luciano á sus nuevos amigos.

—Luciano, amigo mío—dijo Daniel,—ayer no fuiste á comer á casa de Flicoteaux, y ya sabemos por qué.

Luciano no pudo retener unas lágrimas que rodaron por sus mejillas.

—No has tenido confianza en nosotros—le dijo Miguel Chrestién;—haremos una cruz en la chimenea, y cuando seamos diez...

—Todos hemos encontrado algún trabajo extraordinario—dijo Bianchón.—Yo he velado á un enfermo rico en substitución de Desplein. De Artez ha hecho un artículo para la *Revista Enciclopédica*. Chrestién ha querido ir á cantar una noche á los Campos Elíseos; pero le han encargado un folleto para un hombre que quiere ser político, y le ha dado seiscientos francos de Maquiavelo; León Giraud le ha pedido cincuenta francos prestados á su librero; José ha vendido unos bocetos, y Fulgencio hizo representar su obra el domingo y tuvo un lleno.

—Aquí tienes doscientos francos—dijo Daniel.—Aceptalos, y que no vuelva á ocurrirte eso.

—Vamos, ¿no quiere abrazarnos como si hubiéramos hecho algo de extraordinario?—dijo Chrestién.

Para comprender qué delicias sentiría Luciano en medio de aquella animada enciclopedia de almas angelicales, de jóvenes llenos de diversas originalidades que sacaba cada cual de la ciencia que cultivaba, bastará trasladar aquí las respuestas que recibió Luciano al día siguiente á una carta que escribió á su familia, carta que fué una obra maestra de sensibilidad y de buen deseo, y un grito horrible que le había arrancado su angustia:

DAVID SECHARD Á LUCIANO

«Mi querido Luciano: Te remito adjunto un efecto de doscientos francos á cuarenta días y á tu orden. Podrás negociarlo en casa del señor Metivier, corresponsal nuestro en París y comerciante de papel, que vive en la calle Serpente. Mi buen Luciano, no tenemos absolutamente nada. Mi mujer se ha puesto á dirigir la imprenta, y desempeña

su misión con una abnegación, una paciencia y una actividad que me obliga á bendecir á cada paso al cielo que me ha dado por mujer á semejante ángel. Ella misma ha confirmado la imposibilidad en que nos hallamos de enviarte el más pequeño recurso; pero, amigo mío, te creo en tan buen camino, acompañado de corazones tan grandes y tan nobles, que supongo asegurado tu porvenir si te ayudan las inteligencias casi divinas de los señores Daniel de Artez, Miguel Chrestien y León Giraud, y te aconsejan los señores Meyraux, Bianchón y Ridal, á quienes hemos conocido por tu carta. Sin saberlo Eva, te he suscrito ese efecto, esperando encontrar medio de pagarlo á su vencimiento. No salgas de la senda que has emprendido: es ruda, pero será gloriosa. Preferiría sufrir mil males antes que saber que has caído en alguno de los muchos cenagales que yo he visto en París. Ten valor para evitar, como has hecho hasta ahora, los malos lugares y las malas compañías y á ciertos literatos á quienes yo he podido apreciar en su justo valor durante mi estancia en París. Sé digno émulo de esas almas celestiales que me has hecho querer. Tu conducta no tardará en ser recompensada. Adiós, querido hermano mío, me has arrebatado el corazón; nunca hubiera esperado de ti tanto valor.

»DAVID.»

EVA SECHARD Á LUCIANO

«Amigo mío: Tu carta nos ha hecho llorar á todos. Que lo sepan esos nobles corazones con los cuales te ha unido tu ángel bueno. Una madre y una pobre hermana rogarán á Dios mañana y noche por ellos, y si las oraciones más fervientes llegan á su trono, obtendrán algunos favores para todos vosotros. Sí, hermano mío, sus nombres están grabados en mi corazón. ¡Ah! te aseguro que los veré algún día. Iré, aunque tenga que hacer á pie el camino, á darles las gracias por la amistad que te dispensan, pues ella ha derramado una especie de bálsamo en mis abiertas llagas. Aquí, amigo mío, trabajamos como pobres obreros. Mi marido, este gran hombre desconocido á quien quiero más cada día al descubrir nuevas riquezas en su corazón, abandona la imprenta, y yo adivino por qué: tu miseria, la nuestra y la de nuestra madre le asesinan. Nuestro adorado David está,

como Prometeo, devorado por un águila. El noble hombre no piensa mucho en sí, tiene esperanzas de hacer fortuna, pasa los días haciendo experiencias sobre la fabricación del papel, y me ha rogado que ocupe su puesto en los negocios, en los cuales me ayuda tanto como se lo permiten sus preocupaciones. ¡Ay de mí! hermano mío, estoy en cinta, y este acontecimiento, que me hubiera colmado de alegría, me entristece en la situación en que estamos. Nuestra pobre madre se ha rejuvenecido, y parece haber recobrado fuerzas para su fatigoso oficio de enfermera. El viejo Sechard no quiere dar un céntimo á su hijo. David ha ido á verle para pedirle prestado algún dinero á fin de socorrerte, pues tu carta le desesperó. «Conozco á Luciano y sé que perderá la cabeza y que hará alguna locura»—decía él.—Y yo le he reñido respondiéndole: «¡Faltar mi hermano en nada! ¡Ca! El sabe que me mataría de dolor.» Mi madre y yo, sin que David sepa nada, hemos empeñado algunos objetos y hemos logrado reunir cien francos, que te enviamos por la posta. Si no he contestado á tu primera carta, no te enojés, amigo mío, pues estábamos en una situación que nos obligaba á perder noches y á mí á trabajar como un hombre. ¡Ah! no sabía que yo fuese tan fuerte. La señora de Bargetón es una mujer sin alma, sin corazón, y aunque no te amase ya, estaba obligada á protegerte y á ayudarte, después de haberte arrancado de nuestros brazos para lanzarte á ese espantoso mar parisiense, donde se necesita una suerte atroz para encontrar amistades verdaderas entre esas olas de hombres y de intereses. No la sientas, porque no es digna de ser sentida. Quisiera que tuvieras á tu lado á una mujer adicta, una segunda yo misma. Pero ahora que sé que tienes amigos que nos reemplazan, ya estoy tranquila. ¡Despliega las alas, amado genio mío! Tú serás nuestra gloria, como eres ya nuestro amor.

»EVA.»

«Hijo mío querido: Después de lo que te ha dicho tu hermana, sólo me resta bendecirte y asegurarte que tú solo ocupas mis oraciones en detrimento de los que me rodean, pues existen corazones que sólo se ocupan del ausente, y así le ocurre al corazón de

»TU MADRE.»

De este modo, Luciano pudo devolver, dos días después, á sus amigos, el préstamo que éstos le habían hecho con tanta generosidad. Tal vez nunca le pareció la vida tan hermosa, y el impulso de su amor propio y su delicada sensibilidad no pasaron desapercibidos para las profundas miradas de sus amigos.

—¡Cualquiera diría que no quieres debernos nada!—exclamó Fulgencio.

—¡Oh! el placer que manifiesta es, á mi juicio, muy grave, y, conforme mis observaciones, Luciano es vanidoso—dijo Miguel Chrestién.

—Es poeta—dijo Artez.

—¡Tomáis á mal un sentimiento tan natural como el mío!

—Hay que tener en cuenta que no nos lo oculta, y que es franco—dijo León Giraud;—pero mucho temo que, más adelante, deje de sernos leal.

—¿Y por qué?—preguntó Luciano.

—Leemos en tu corazón—le respondió José Bridau.

—Posees un espíritu diabólico, con el cual llegarás á justificarte á tus propios ojos las cosas más contrarias á nuestros principios—dijo Miguel Chrestién.—En lugar de un sofista de ideas, serás un sofista de acciones.

—¡Ah! mucho me lo temo—dijo Artez.—Luciano, tú tendrás contigo mismo discusiones admirables en las cuales serás grande, y que te llevarán á hacer acciones vituperables. Nunca estarás de acuerdo contigo mismo.

—¿Y en qué os fundáis para emitir esos juicios?—preguntó Luciano.

—Querido poeta, tu vanidad es tan grande, que la empleas hasta en tu amistad—exclamó Fulgencio.—Toda vanidad de ese género denota un espantoso egoísmo, y el egoísmo es el veneno de la amistad.

—¡Oh! ¡Dios mío!—exclamó Luciano;—¡qué poco sabéis lo que os quiero!

—Si tú nos quisieses como nosotros te queremos, ¿te habrías dado tanta prisa y habrías empleado tanta énfasis para devolvernos lo que nosotros habíamos tenido tanto gusto en darte?

—Aquí no se presta nada; se da—le dijo brutalmente José Bridau.

—No nos creas toscos y meticulosos, amigo mío—le dijo Miguel Chrestién.—Somos únicamente previsores, y teme-

mos que llegue un día en que prefieras los goces de una pequeña venganza á los de nuestra pura amistad. Lee el *Tasso* de Goethe, que es la obra más grande de este hermoso genio, y allí verás que al poeta le gustan los trajes brillantes, los festines, los triunfos, el boato; pues bien, sé tú el *Tasso* sin su locura. ¿Te llamarán el mundo y sus placeres? Quédate aquí, y transporta á la región de las ideas todo lo que tú esperas de las vanidades. Locura por locura, emplea la virtud en tus acciones y el vicio en tus ideas, en lugar de pensar bien y de obrar mal, como te decía de Artez.

Luciano bajó la cabeza: sus amigos tenían razón.

—Confieso que no soy tan fuerte como vosotros—dijo el poeta dirigiéndoles una adorable mirada.—Yo no tengo espaldas suficientes para soportar París y luchar con valor. La naturaleza nos ha dotado de temperamentos y de facultades diferentes, y vosotros conocéis mejor que nadie el reverso de los vicios y de las virtudes. Os lo declaro francamente: ya estoy cansado.

—Nosotros te sostendremos; para esto sirven precisamente las amistades fieles—dijo Artez.

—Los socorros que acabo de recibir son precarios; todos somos aquí pobres, y la necesidad no tardará en perseguirme. Chrestién no puede nada en librería; Bianchón está fuera de este círculo de negocios; de Artez sólo conoce á los editores de ciencias ó de especialidades, que no tienen ninguna influencia con los editores de novelas; y Horacio, Fulgencio Ridal y Bridau trabajan en materias que los ponen á cien leguas de los libreros. Tengo que tomar una resolución.

—Atente á la nuestra, ¡sufrir!—dijo Bianchón;—sufrir valerosamente y confiar en el trabajo.

—Pero es que lo que para vosotros es sufrimiento, para mí es la muerte—dijo vivamente Luciano.

—Antes de que el gallo haya cantado tres veces, ese hombre habrá abandonado la causa del trabajo por la de la pereza y los vicios de París.

—¿Adónde os ha llevado á vosotros el trabajo?—dijo Luciano riéndose.

—Cuando se sale de París para Italia, no se encuentra á Roma á mitad de camino—dijo José Bridau.—Al parecer, tú deseas que los guisantes broten para ti guisados ya.

—Y de ese modo sólo brotan para los hijos primogénitos

de los pares de Francia—dijo Miguel Chrestién.—Nosotros tenemos que sembrárnoslos y guisárnoslos, aunque es verdad que los encontramos mejores.

La conversación se hizo alegre y cambió de objeto. Aquellos espíritus perspicaces, aquellos corazones delicados, procuraron hacer olvidar aquella pequeña disputa á Luciano, el cual comprendió desde entonces lo muy difícil que era engañarles, y sintió una desesperación interior que ocultó cuidadosamente á sus amigos, creyéndoles implacables mentores. Su alma meridional, que recorría tan fácilmente el teclado de los sentimientos, le impulsaba á tomar las resoluciones más contrarias.

Intentó varias veces dedicarse al periodismo, y sus amigos le dijeron siempre:

—¡Guárdate bien de hacerlo!

—Eso sería la tumba del bello y cariñoso Luciano que nosotros queremos y conocemos—dijo Artez.

—Tú no resistirías la constante oposición de placer y de trabajo que encierra la vida de los periodistas; y resistir constituye el fondo de la virtud. Estarías tan encantado de ejercer el poder y de tener derecho de vida y muerte sobre las obras del pensamiento, que serías periodista en dos meses, y ser periodista es pasar á ser procónsul en la república de las letras. ¡El que puede decirlo todo, llega á hacerlo todo. Esta máxima es de Napoleón, y se comprende.

—¡No estaréis vosotros á mi lado?—dijo Luciano.

—No, dejaríamos de estarlo—exclamó Fulgencio,—porque, siendo periodista, pensarías tanto en nosotros como piensa la brillante bailarina en su aldea, en sus vacas y en sus zuecos. Además, que tú tienes demasiadas cualidades para periodista, y no sabrías contener un dicho ocurrente, aunque con él tuvieses que hacer llorar á un amigo. Cuando veo á los periodistas en los bastidores de los teatros, me causan horror. El periodismo es un infierno, un abismo de iniquidades, de mentiras y de traiciones, que no se puede atravesar, y del que no se puede salir puro, á no ser protegido, como Dante, por el divino laurel de Virgilio.

Cuanto más le apartaba de esta senda el cenáculo á Luciano, más deseos sentía éste de conocer el peligro que le invitaba á arriesgarse, y muchas veces discutía consigo mismo: ¿no era ridículo dejarse sorprender de nuevo por la miseria sin haber hecho nada para combatirla? Viendo

la inutilidad de sus pasos para colocar su primera novela, Luciano no se sentía con ánimos para hacer la segunda. Además, ¿de qué viviría mientras la escribiese? Un mes de privaciones había agotado su paciencia. ¿No podría él hacer noblemente lo que los periodistas hacían sin conciencia ni dignidad? Sus amigos le ofendían con sus desconfianzas, y deseaba probarles su fuerza de voluntad. ¡Tal vez llegaría día en que podría ayudarles, y en que sería el heraldo de sus glorias!

—Además, ¿qué vale una amistad que recula ante la complicidad?—preguntó una noche á Miguel Chrestién, que le había acompañado hasta su casa en compañía de León Giraud.

—Nosotros no reculamos ante nada—le respondió Miguel Chrestién.—Si tú tuvieses la desgracia de matar á tu querida, yo te ayudaría á ocultar el crimen, y podría quererte aún; pero si te hicieses espía, huiría de ti con horror, porque te consideraría cobarde é infame por naturaleza. He aquí, en dos palabras, lo que es el periodista. La amistad perdona el error y el impulso irreflexivo de la pasión; pero debe ser implacable ante la resolución decidida de traficar con su alma, con su ingenio y con su pensamiento.

—¿No puedo hacerme periodista para vender mi tomo de poesías y mi novela, y abandonar en seguida el periodismo?

—Sólo Maquiavelo obraría así; pero no creo que lo haga Luciano de Rubempré—dijo León Giraud.

—Pues bien—exclamó Luciano,—yo os probaré que valgo tanto como Maquiavelo.

—¡Ah!—exclamó Miguel estrechándole la mano á León,—acabas de perderle. Luciano—le dijo á éste,—tienes trescientos francos, y puedes vivir holgadamente tres meses. Pues bien, trabaja, haz una segunda novela, de Artez y Fulgencio te ayudarán, y tú te cubrirás de gloria, serás un gran novelista. Yo penetraré en uno de esos *lupanares* del pensamiento, seré periodista durante tres meses, venderé tus libros á algún librero cuyas publicaciones atacaré, escribiré artículos y lograré algunos para tí, te organizaremos un éxito, serás un gran hombre, y nosotros no perderemos á nuestro Luciano.

—¿Es que intentas rebajarme creyendo que yo pereceré donde tú puedes salvarte?—dijo el poeta.

—¡Perdonadle, es un niño!—exclamó Miguel Chrestién.